

REAL ACADEMIA  
DE  
CÓRDOBA

COLECCIÓN  
T. RAMÍREZ  
DE ARELLANO

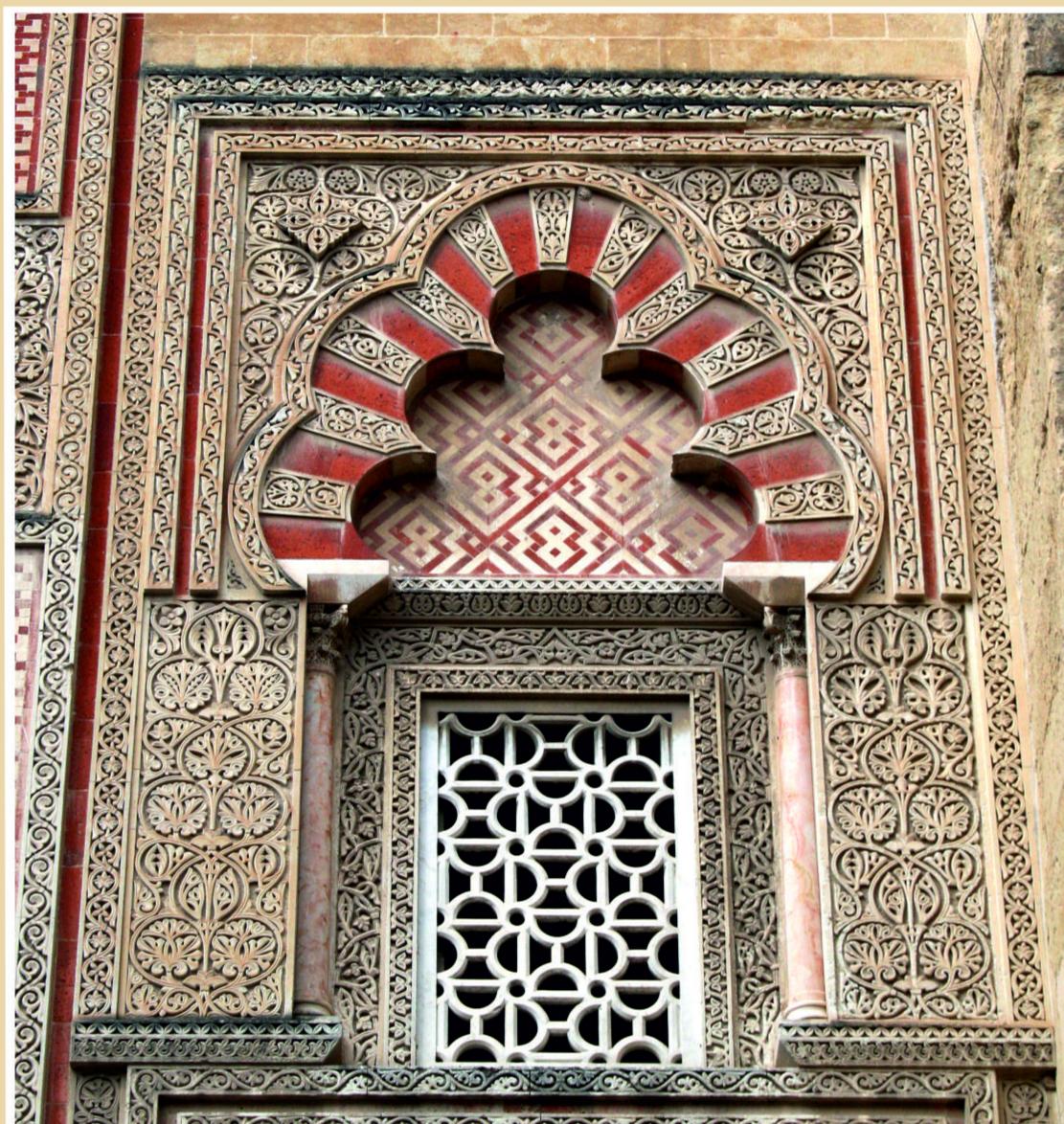
II

# LA CIUDAD Y SUS LEGADOS HISTÓRICOS (2)

## CÓRDOBA ISLÁMICA

LA CIUDAD Y SUS LEGADOS HISTÓRICOS (2)

CÓRDOBA ISLÁMICA



JUAN PEDRO MONFERRER-SALA  
COORDINADOR

JUAN PEDRO  
MONFERRER-SALA  
COORDINADOR



DE CIENCIAS  
BELLAS LETRAS  
NOBLES ARTES

REAL ACADEMIA  
DE CÓRDOBA  
1810

REAL ACADEMIA  
DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS Y NOBLES ARTES DE  
CÓRDOBA

2018

2018

**JUAN PEDRO MONFERRER-SALA**  
Coordinador

**LA CIUDAD Y SUS LEGADOS HISTÓRICOS**  
**CÓRDOBA ISLÁMICA**

**REAL ACADEMIA**  
*DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS Y NOBLES ARTES DE*  
**CÓRDOBA**

2018

## LA CIUDAD Y SUS LEGADOS HISTÓRICOS

Coordinador general: José Manuel Escobar Camacho

### CÓRDOBA ISLÁMICA

Coordinador: Juan Pedro Monferrer-Sala

(Colección *T. Ramírez de Arellano II*)

© De esta edición: Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba

ISBN: 978-84-949403-2-3

Dep. Legal: CO-1614-2018

Impreso en Litopress. Edicioneslitopress.com. Córdoba

---

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito del Servicio de Publicaciones de la Real Academia de Córdoba.

# Entre la adversidad y el olvido: los ‘otros’ autores de la Córdoba islámica

Pedro Buendía  
Universidad de Salamanca

## *Resumen*

Córdoba es universalmente conocida por sus autores, intelectuales y literatos: Ibn Ḥazm, Ibn Zaydūn, Ibn Quzmān o Ibn ‘Abd Rabbih, los cuales han atraído con justicia la admiración de los lectores y los estudiosos. Dichos autores florecieron en Córdoba por las circunstancias particularmente propicias que la capital andalusí brindaba al medio intelectual y artístico. Este caldo de cultivo de ideas e iniciativas literarias, de extraordinaria riqueza y variedad, conoció además a innumerables poetas y hombres de letras hoy casi olvidados y que en muchas ocasiones tuvieron una existencia accidentada y azarosa, la propia del oficio del escritor y del poeta en las sociedades árabes premodernas.

## *Palabras clave*

Poesía árabe, al-Ándalus, Córdoba, poetas, patronazgo literario.

## *Abstract*

Cordova is renowned worldwide by its authors, intellectuals and writers: Ibn Ḥazm, Ibn Zaydūn, Ibn Quzmān, or Ibn ‘Abd Rabbih, who have rightly attracted the admiration of readers and scholars. These authors flourished in Córdoba thanks to particularly favorable circumstances that the Andalusian capital offered to the intellectual and artistic milieu. This breeding ground for ideas and literary initiatives, of an extraordinary variety and scope, harboured innumerable poets and belletrists nowadays almost forgotten. In many occasions, they had a rough and hazardous existence, due to the typical particularities of the writer’s profession in premodern Arab societies.

## *Keywords*

Arabic poetry, al-Andalus, Cordoba, poets, literary patronage.

Toda ciudad de renombre tiene sus poetas, sus autores y cronistas particulares. Toda gran ciudad histórica, además de los suyos, atrae a los ajenos, resguarda a los sobrevenidos y prohijados, y por supuesto proyecta su generosa sombra sobre los olvidados. Córdoba, la ciudad de las cuatrocientas mezquitas, las doscientas mil casas, las ochenta mil tiendas,<sup>1</sup> aquella que sería llamada por la canonesa benedictina Hroswitha de Gandersheim (h. 935-h. 1002), “Joya brillante del mundo, ciudad nueva y magnífica, orgullosa de su fuerza, celebrada por sus delicias, resplandeciente por la hermosa posesión de todos los bienes”,<sup>2</sup> perdura en el recuerdo como una de esas ciudades. Durante sus cinco largos siglos de historia islámica, especialmente hasta la ruina del califato, acuden a ella, deseosos de obtener fortuna, poetas, filólogos, gramáticos, secretarios, preceptores y sabios de diversa índole que, con variado éxito y desigual recuerdo, intentan dejar su huella en la historia de la capital andalusí.

A mediados del s. X, el gran geógrafo Ibn Ḥawqal ofrece una de las descripciones clásicas de la ciudad, abundando en su magnificencia, extensión y riquezas:

“La ciudad más grande de al-Ándalus es Córdoba, que no tiene su equivalencia en el Mágreb, más que en la alta Mesopotamia, Siria o Egipto, por la cifra de población, la extensión de su superficie, el gran espacio ocupado por los mercados, la limpieza de los lugares, la arquitectura de la mezquita y el gran número de baños y posadas. El señor de esta capital fundó al oeste de Córdoba una ciudad que llamó Zahrā’; él trazó allí mercados, hizo construir baños, caravansares, palacios, parques; invitó al pueblo a vivir allí y ordenó promulgar por España la proclamación siguiente: “Quien quiera construir una casa o elegir un local de habitación próximo al soberano, recibirá una prima de 400 dírhem”. Un río de gente se apresuró a edificar; los edificios se hicieron densos y la popularidad de esta ciudad adquirió proporciones hasta el punto de que las casas formaban una sola línea contigua entre Córdoba y Zahrā’ [...] Córdoba no es quizás igual a

---

<sup>1</sup> Estimaciones variadas en Évariste Lévi-Provençal, *España Musulmana*, V, p. 234.

<sup>2</sup> Henri Pérès, *Esplendor de Al-Andalus*, p. 127.

una de las dos mitades de Bagdad, pero no está muy lejos de serlo. Es una ciudad de un muro de piedra, provista de hermosos barrios y vastas explanadas [...] La ciudad está admirablemente dispuesta. Más de una vez he dado la vuelta a la muralla en una hora; es una muralla circular, muy sólida [...] Hay en Córdoba grandes fortunas, y el lujo se despliega de varias maneras, como son los tejidos y vestidos preciosos, en lino flexible, en seda basta o fina; o bien por las monturas ágiles o las diferentes clases de comestibles y bebidas”.<sup>3</sup>

Así pues, magnificencia, amplitud, fortunas, lujo, y un poder político consolidado y duradero serán los ingredientes para que, a través de las épocas de esplendor, un verdadero tropel de poetas y hombres de letras acudan a Córdoba a demostrar sus conocimientos, encontrar bienhechores y patronos, asentarse en su oficio e intentar prosperar entre príncipes, altos funcionarios, acaudalados comerciantes y otros generosos mecenas. Como en la luminosa Bagdad de los abbasíes un siglo antes, a la supremacía política sigue la prosperidad económica y, naturalmente, la primacía intelectual.<sup>4</sup> Y así, los grandes emires, los califas y prohombres de estado como ‘Abd al-Raḥmān II, ‘Abd al-Raḥmān III, al-Ḥakam II y Almanzor, tendrán todos ellos su correspondiente corte de poetas y espíritus refinados. Estos hombres cultivados y a sueldo loan las hazañas y logros del príncipe, alaban sus virtudes, maquillan sus defectos y vicios, inflan su vanidad, lo entretienen en su cenáculo y tertulia privados, al concluir las obligaciones del día, y hasta en ocasiones ejercen de criados o pajes. Por supuesto, también sufrirán las iras y denuestos del déspota ilustrado. Algunos de ellos, los menos, serán invitados, traídos de otras cortes o países, como Ṣā‘id de Bagdad, al-Qālī o el célebre Ziryāb. Otros tendrán una ascensión tan fulgurante como estrepitosa caída. Y aún otros muchos, quizá los más, se pierden en el anonimato o en los oscuros renglones sueltos de las antologías. Siempre al albur del capricho del patrono, del gusto más o menos veleidoso del gobernante, la

---

<sup>3</sup> Antonio Arjona Castro, *Anales de Córdoba Musulmana*, doc. 164, p. 119.

<sup>4</sup> Jamel-Eddine Bencheikh, *Poétique Arabe*, p. 20.

ventura de los poetas y literatos en Córdoba parece haber oscilado entre la gloria y la desgracia.

En efecto, como llamado a las más altas y a la vez a las más serviles empresas, el oficio del poeta se encuentra marcado en la cultura árabe desde sus orígenes con un destino azaroso e incierto. Pocas literaturas del mundo –quizá solo el ejemplo de Persia se le compare– pueden presumir de una pasión más grande por su tradición y sus hazañas poéticas; pasión que perdura hoy día incluso en modernos concursos de televisión y radio.<sup>5</sup> El poeta era en la Arabia preislámica una institución tribal, un principal del clan junto con el representante, *sayyid* o *shaykh*, el *kāhin* o adivino y el *khaṭīb* u orador. A veces estas figuras se confunden y agrupan: Ibn Sa‘d refiere que cuando Mahoma envía al final de su vida legaciones a los principales líderes de Arabia para conminarlos a islamizar, uno de ellos, Hawdha b. ‘Alī, le responde en calidad de “*jefe, portavoz y poeta de su tribu*”.<sup>6</sup> El don de la palabra, la calidad entre mágica y profética del verso, se mantiene entre los árabes durante siglos, atravesando épocas y latitudes. Como herencia de la primitiva sociedad oral, que durante generaciones custodia su historia y tradiciones en la memoria, la poesía es el vehículo más eficaz para fijar lo importante, lo destacable, lo duradero. Ibn Qutayba (s. IX) nos da la clave para entender la importancia de la poesía entre los árabes, y por qué los gobernantes y prohombres rivalizaban en conseguir el favor y las alabanzas de los poetas:

“La poesía es la mina de la ciencia de los árabes, el libro de su sabiduría, el archivo de su historia, el tesoro de sus grandes gestas, la muralla que defiende sus tradiciones, la trinchera que protege sus glorias, el testigo imparcial en las desavenencias y el argumento decisivo en la disputa. Aquel que, para dar testimonio de su nobleza o de los méritos y hazañas que atribuye a sus ancestros, no dispone de

---

<sup>5</sup> Como, por ejemplo, en el reciente fenómeno de masas del concurso televisivo de poesía “El Poeta del Millón” (*Shā‘ir al-milyūn*), producido por la TV de Abu Dhabi y seguido por una audiencia de 70 millones de personas.

<sup>6</sup> Ibn Sa‘d, *al-Ṭabaqāt al-Kubrā*, p. 225.

un verso que esgrimir delante de los Árabes, verá cómo sus esfuerzos son ignorados, y olvidados con el paso del tiempo, aun cuando sean honorables y dignos de cuenta. Quien, por el contrario, los haya encajado en unas rimas, reforzándolos con el ritmo y las prosodias de un verso destacable, de un divulgado adagio o una idea afortunada, los eternizará en el tiempo y los salvará del olvido”.<sup>7</sup>

En una sociedad premoderna, donde la escritura es aún monopolio y lujo de unos pocos, sin otros mejores medios de difusión de los conocimientos, los poetas eran, en efecto, los más eficaces propagandistas, los publicistas del día, los únicos que podían, a golpe de verso, propagar la gloria de un personaje o destruir su reputación mediante la sátira. No solo late aquí con plena validez el célebre adagio de Hölderlin: “Lo que perdura lo fundan los poetas”, sino que se destaca la importancia histórica y, sobre todo, política del poeta en todas las sociedades árabes premodernas. Y dentro de este panorama, al-Ándalus –y Córdoba a su cabeza– parece haber llevado dicha importancia hasta el pináculo. Desde ‘Abd al-Raḥmān I hasta los califas de vuelta y vuelta de la *fitna*; desde Almanzor hasta los reyes de Taifas y los califas almohades, la gran mayoría de los prohombres de la España musulmana se inclina hacia el verso, y eventualmente se lanza a la composición de algún poema. “Ni la política ni la guerra –apunta H. Pérès– apartaban a los andaluces de sus ocupaciones favoritas: al-Mustazhhir, califa omeya durante la *fitna*, se ocupaba, a pesar de sus luchas incesantes contra los bereberes, de literatura con Abū ‘Āmir ibn Shuhayd, Abū Muḥammad ibn Ḥazm y su primo ‘Abd al-Waḥḥāb ibn Ḥazm”.<sup>8</sup>

Por esta razón, los poetas eran tan admirados como temidos, tan honrados como odiados, y en ocasiones obtenían grandes ganancias y fortunas. Sin embargo, este juego de alianzas de conveniencia pronto los convirtió en vasallos del poder, en aduladores profesionales, y el artificio se reveló como una trampa de la que pocos pudieron escapar. Sin apenas darse cuenta, los poetas pasaron, de representar una de las

---

<sup>7</sup> Ibn Qutayba, *Introduction au Livre de la Poésie*, p. 36.

<sup>8</sup> H. Pérès, *Essplendor*, p. 65.

más altas instituciones en la primitiva sociedad tribal, a ser simples asalariados de los gobernantes en las nuevas sociedades urbanas, a menudo errantes de corte en corte, de ciudad en ciudad, buscando al mejor postor por sus servicios. Ibn ‘Abd Rabbih (s. X) nos ha dejado elocuentes estampas acerca de este cambio. Una de ellas es la clásica felicitación ditirámbica que, esperando obtener las correspondientes albricias, los poetas componían con ocasión de la coronación, paternidad o cumpleaños del monarca. El gran escritor cordobés nos presenta una recua de poetas famélicos y ociosos, esperando por turno para halagar lisonjeramente al dignatario:

Al-Rabi, chambelán de al-Mansur, cuenta que le dijo un día al califa: “Tu puerta está atestada de poetas que llevan días y días sin comer. Sal y saludales.

–Diles, respondió, que solo aquel que me elogie sin describirme por medio del león –que no deja de ser un cánido–, o de la serpiente –fétido centinela cometierra–, o de las montañas –piedras mudas–, o del mar –de tremendas olas– será introducido a mi presencia, y si no es así, que se marche. Todos se fueron excepto Ibrahim b. Harma, quien dijo: “Yo soy uno de ellos; hazme entrar”. El chambelán le introdujo y dijo el califa: “Por lo visto este es el único que ha respondido a mi demanda. Que hable”, y recitó Ibn Harma estos versos:

*Lanza a ambos lados de su trono miradas  
que, cargadas, gracia o tormento son.  
Mientras el resto de estirpes ennegrece bajo montones de tierra,  
él pertenece al blanco linaje de Hashim.  
Cuando rechaza algo, con razón lo rechaza,  
y cuando dice “lo hago”, lo hace.*

Dijo al-Mansur: “Basta. Lo conseguiste. Esto es la quintaesencia de la poesía. He mandado que te den cinco mil dírham”. [Prosigue Ibn Harma:] Me levanté, le besé la cabeza y las manos y salí. Entonces me llamó. Corrí de un salto:

–A tus órdenes.

–Guarda el dinero pues es lo único que te daré.

—Pongo a mi padre y a mi madre por testigos de que lo guardaré para servirte en la recta senda de los hombres prudentes.<sup>9</sup>

Es fácil apreciar en este texto que, ya desde los comienzos de la dinastía abbasí,<sup>10</sup> inmerso en la vorágine de una floreciente sociedad urbana y desclasado de su antigua dignidad tribal, el poeta había perdido toda representatividad social y se había transformado en un asalariado cuyos versos se amoldaban al capricho, no siempre fácil y hacadero, del patrón. Y aunque este modelo tuvo honrosas y destacables excepciones, así se habría de mantener a lo ancho y largo del mundo medieval islámico. Con desigual fortuna, los poetas recorrían cortes, se embarcaban en penosos viajes, y con frecuencia mudaban de asiento en pos de la gloria o la simple estabilidad. Al-Ándalus no sería una excepción a este panorama, y el sino de los poetas alternó sus días de grandeza con los de decadencia. En las épocas gloriosas del Califato, incluso en la prolongación de esa pujanza con Almanzor, los autores gozan de estabilidad en aquella Córdoba esplendorosa que Ibn Bassām llamó “Colmo de la perfección, asta de la bandera, la madre de las villas; la sede de los virtuosos y los temerosos de Dios; la patria de los varones sabios y prudentes; el corazón de la región, la fuente de la que manan las ciencias”,<sup>11</sup> y que al-Shaqundī describiría como “Sede del imperio, centro de la ciencia, faro de la religiosidad, centro de la nobleza y de la primacía”.<sup>12</sup> Sin embargo, en los momentos de zozobra política o económica, cuando las coyunturas se tornan adversas, la suerte de los poetas cambia. Ibn al-Khaṭīb, en una afortunada frase, recuerda que “Durante la *fitna*, los poetas de los Amiríes y de los últimos Omeyas, en cuyas bocas y en cuyas salas de reunión las arañas habían tejido sus

---

<sup>9</sup> Josefina Veglison, *El Collar Único*, p. 86.

<sup>10</sup> Aunque ya tenemos muestras anteriores de la degradación de la dignidad del oficio del poeta, al menos desde el califa omeya Umar II. Cf. Ibn ‘Abd Rabbih, *The Unique Necklace*, trad. I.J. Boullata, p. 278.

<sup>11</sup> Trad. Fernando de la Granja, en María Jesús Viguera, ‘Cuando Córdoba pasó a ser capital de al-Ándalus’, p. 18.

<sup>12</sup> Al-Shaqundī, *Elogio del Islam español*, p. 124.

telas, vivieron en una indigencia extrema y sus disposiciones naturales se marchitaron. Se sentían como halcones aislados y hambrientos que, por extrema necesidad, se veían obligados a abatirse sobre los saltamontes”.<sup>13</sup> El mismo Ibn Bassām, citando a Ibn Ḥayyān, refiere una significativa anécdota sobre el cambio que el período de guerras intestinas y anarquía de la *fitna* significó para el oficio de los hombres de letras:

Quando la situación se normalizó en Córdoba a favor de Sulaymān, según hemos dicho, los poetas amiríes, que seguían entonces habitando en la ciudad, se presentaron a alabarle, con la esperanza de obtener sus favores; y así compusieron en su honor hermosos poemas, en los cuales ponderaban su piedad y su valentía. La mayor parte de los poetas los recitaron públicamente en una sesión de aparato. El califa oía y mostraba complacencia; *pero acepto el panegírico y ni dio nada ni mostró generosidad*. Con ello se acabo de romper la unidad respecto a la capital de Córdoba, y la mayoría de los poetas se separaron de su gobierno. De esta suerte se borraron en Córdoba las huellas de la literatura y se vio invadida por la barbarie. Sus habitantes pasaron de su reconocida humanidad a una vulgaridad patente y perdieron su noble condición de hombres libres”.<sup>14</sup>

Es justamente célebre, en fin, la anécdota referida por el cordobés al-Shaḡundī, cuando toda la corte literaria de al-Mu‘tamid recibió a Yūsuf b. Tashfīn a golpe de altisonante panegírico: “Después de que le hubieron cantado, por intervención de al-Mu‘tamid ibn ‘Abbād, díjole este: «—¿Ha entendido el Príncipe de los Musulmanes lo que le han dicho?» Y contestó: «—No los he entendido, pero sé que piden pan»”.<sup>15</sup>

---

<sup>13</sup> H. Pérès, *Esplendor*, p. 85.

<sup>14</sup> Emilio García Gómez, ‘Algunas precisiones’, pp. 267-293, p. 273. El subrayado es nuestro.

<sup>15</sup> Al-Shaḡundī, *Elogio del Islam español*, pp. 81-82. Cf. asimismo al-Maqqarī, *The History of the Mohammedan Dynasties in Spain*, trad. P. de Gayangos, I, p. 36.

En la otra cara de la moneda están los días de estabilidad política, de esplendor y de gloria, cuando los poetas se acomodan bajo el patrocinio de ilustrados mecenas, como el emir ‘Abd al-Raḥmān II, el califa al-Ḥakam II, Almanzor o el mismo rey al-Mu‘tamid b. ‘Abbād, los cuales protegen a sus vates, los agasajan y consienten, pero siempre al precio —como veremos— de someter su estro poético a demanda; e incluso de zaherirlos, como si de perros amaestrados se tratara, a competir entre ellos, rivalizando en torno a quién pudiera ser más ingenioso, más agudo, más rápido en la réplica y más servil, a la postre, en el elogio. Un episodio relativo a Almanzor ilustra a la perfección este vasallaje entre lo artístico y lo meramente personal, a que destacados hombres de letras debieron someterse. El célebre gramático y poeta Ṣā‘id de Bagdad se presentó ante el caudillo con unos ropajes nuevos y holgados durante un día de recia lluvia, de tal suerte que resbaló y cayó en uno de los estanques del palacio de al-Zāhira. Almanzor se carcajeó y, chocarreramente, le sugirió a Ṣā‘id que bien podría improvisar un verso sobre el lance. A lo cual, corrido, el sabio bagdadí hubo de obedecer con el primer verso que le vino a las mientes. Al punto, otro de los presentes, el poeta Abū Marwān al-Jazīrī, deseoso de agradar al déspota, afirmó que, de haberse caído él, improvisaría estos versos —de un servilismo y coba sonrojantes—:

*Ciertamente, debo toda mi alegría a la luminosa luz que tú viertes  
y a la lluvia de regalos que copiosamente caen de tus manos.  
Hasta tal punto me quedé aturdido al verte  
que, inconsciente, caí en el agua de la profunda alberca.  
Ten la seguridad de que si tu siervo hubiera permanecido sumergido  
se hubiera debido a que tu generosidad le habría abogado previamente.<sup>16</sup>*

Emilio García Gómez, en el prólogo de sus *Poemas arabigoandaluces*, afirma que en la época de los reyes de taifas, “Los poetas cruzan toda España visitando las cortes, donde hay a su servicio aposentadores, alojamientos, gratificaciones, protocolos de audiencia, escalafones y

---

<sup>16</sup> E. Terés, ‘Abū Marwān al-Ŷazīrī’, p. 136.

cátedras: un *impromptu* puede valer un visirato”.<sup>17</sup> Y dicha frase feliz es válida también para los siglos anteriores a las taifas. El verso anteriormente citado le valió al ambicioso y desalmado al-Jazīrī el cargo de zabazorta o prefecto de policía; pero, a lo último, ninguno de sus versos le sirvió con los años para evitar la muerte en la cárcel en 1003.<sup>18</sup> Más de un siglo antes, el poeta y astrólogo Ibn al-Shamir, favorito del emir ‘Abd al-Raḥmān II, pronuncia unos versos afortunados ante el monarca, cuando este fue reprendido por un visir por causa de un collar de valor exorbitante que había adquirido para regalar a una de sus concubinas. Dichos versos, que encomiaban la generosidad de ‘Abd al-Raḥmān II y que eran precisamente la lisonja interesada que el emir necesitaba escuchar para justificar su manirroto regalo, le valieron al poeta una gratificación contante de quinientos dinares.<sup>19</sup>

No obstante, si casos como este son abundantes en la azarosa vida de los poetas, también lo son los de signo contrario, cuando un verso desafortunado cae como hielo y provoca consecuencias nefastas. Así se observa en la historia de al-‘Abdarī, un poeta y secretario cordobés, alfaquí, gramático y preceptor de los hijos del califa almohade ‘Abd al-Mu’min (1130-1163), el cual, en una de las audiencias del califa, dedicó torpemente unos versos eróticos a un joven noble de Agmat que se hallaba presente. Disgustado por esa indiscreción, ‘Abd al-Mu’min apartó a al-‘Abdarī de su privanza, le vetó el acceso a su *majlis* o asamblea personal y le cesó como preceptor de sus hijos.<sup>20</sup> Más grave aún es el caso referido por Ibn Ḥazm de una joven esclava que cometió el error funesto de cantar, por encargo, los versos que un poeta cordobés había compuesto requiebrando a Ṣubḥ la Vascona

---

<sup>17</sup> E. García Gómez, *Poemas Arabigoandaluces*, p. 32.

<sup>18</sup> Al parecer, por haber participado en un complot contra al-Muzhaffar, heredero de Almanzor. Elías Terés, ‘Abū Marwān al-Īzīrī’, p. 128.

<sup>19</sup> Ibn Ḥayyān, *Crónica de los emires Alḥakam I y ‘Abdarrāḥmān II entre los años 796 y 847 (Almuqtabis II-1)*, trad. Makkī-Corriente, pp. 188-9; cf. Elías Terés, ‘Ibn al-Šamir’, p. 454.

<sup>20</sup> Rafael Pinilla Melguizo, ‘Poetas Cordobeses’, p. 121.

—madre del califa Hishām II y posiblemente amante del mismo Almanzor—. Al parecer, dichos versos fueron compuestos para animar al caudillo a comprar a la joven esclava, pero este, muy al contrario, la mandó ejecutar.<sup>21</sup>

Anécdotas como estas muestran que, por muy familiarizados que los patronos estuvieran con sus poetas, y por muy consentidos que estos se sintieran, su posición solía pender de un hilo, que no era otro que el carácter más o menos veleidoso, más o menos inconstante, del dignatario. Ciertamente es que existían registros donde se consignaban las pensiones, gratificaciones o rentas de los poetas, y que tales registros, según las épocas, se organizaban más o menos magnánimamente, pero también lo es que entrar o salir de ellos dependía de un simple gesto del soberano. Ibn ‘Abd Rabbih refiere cómo en cierta ocasión ‘Abd al-Raḥmān II se enojó por un tiempo con sus poetas comensales y ordenó borrarlos del registro de sus gratificaciones.<sup>22</sup> Como apuntó H. Pérès, por mucho que los emires, califas y reyes apreciaran la poesía y la utilizaran como instrumento propagandístico y exaltación de su propia o pretendida grandeza, los poetas no dejaban de ser, en su gran mayoría, asalariados, personal de séquito y, en última instancia, funcionarios intercambiables: “Están lejos de ocupar los primeros puestos; el protocolo de las ceremonias oficiales les asigna, casi siempre, el último lugar, y en muchos casos el papel que desempeñan en los castillos o palacios es el de criados”.<sup>23</sup> Conocemos además los ejemplos de al-Naḥlī, que tenía que pasar el día y la noche

---

<sup>21</sup> Ibn Ḥazm, *El Collar de la Paloma*, trad. J. Sánchez Ratia, p. 123; *El Collar de La Paloma*, trad. García Gómez, p. 110. El texto árabe no es demasiado explícito en torno a esta anécdota, pues dice *tagbaẓẓala*, verbo que puede significar desde lisonjear, adular o “celebrar en versos” a una mujer, hasta hacerle la corte o declararle amor. No queda claro que dichos versos fuesen ultrajantes o subidos de tono, pues no es lógico ni habrían sido encomendados a una esclava cantora. Curiosamente, Sánchez Ratia traduce ese *tagbaẓẓala* por “Una poesía que cantaba a Subh”.

<sup>22</sup> E. Terés, ‘Ibn al-Šamir, poeta-astrólogo’, p. 452.

<sup>23</sup> H. Pérès, *Esplendor*, p. 82.

a las puertas de las estancias privadas de al-Mu‘tamid de Sevilla para acudir en cualquier momento que el rey requiriese su presencia. O el de Ibn al-Ḥaddād, quien se quejaba de su patrón, el rey taifa de Almería al-Mu‘taṣim: “Es un hombre que cuando te ha dado un grano de mostaza, / te pone las cadenas del cautivo condenado a muerte”.<sup>24</sup> Pero no hay que salir de Córdoba ni esperar a las taifas para encontrar situaciones parejas. Es célebre el episodio de al-Ramādī, el poeta enamorado de *El Collar de la Paloma*,<sup>25</sup> contertulio de Almanzor:

Dijo un día al-Manṣūr b. Abī ‘Āmir al famoso poeta Abū ‘Umar Yūsuf al-Ramādī: “¿Qué te parece la posición que ocupas a mi lado? al-Ramādī contestó: “–Mayor de la que merezco y menor de la que tú podrías darme”. al-Manṣūr se calló y bajó los ojos, como incomodado. Entonces al-Ramādī se escabulló y salió de la estancia, arrepentido de su espontaneidad. “–Me equivoqué –se decía–. ¡No, por Dios! No prospera con los reyes el que les habla la verdad. En nada me hubiera perjudicado decirle que había llegado a los cielos y me había puesto a Géminis por cinturón”.<sup>26</sup>

La anécdota, transmitida por al-Maqqarī, redobla su interés al ofrecernos de seguido la otra cara de la moneda: los poetas eran tan amados como temidos, y tan respetados como humillados; mercenarios interesados del verso, en una palabra, lo que los convertía en blanco de envidias y críticas constantes:

Cuando salió al-Ramādī, quedaba en la cámara un émulo suyo, que aprovechó la ocasión y dijo a al-Manṣūr: “–¡Dios conceda a nuestro señor la victoria y la felicidad! Esta clase de hombres son todos mentirosos y falsos. Nunca agradecen los beneficios ni saben guardar los debidos respetos. Son perros fieles de quien vence y amigos de

---

<sup>24</sup> Ambos ejemplos en H. Pérès, *Esplendor*, p. 82.

<sup>25</sup> Cf. Ibn Ḥazm, *El Collar de la Paloma*, trad. Sánchez Ratia, cap. V, p. 73.

<sup>26</sup> E. García Gómez, ‘Convencionalismo e insinceridad’, p. 36.

quien prospera, pero enemigos del que cae en desgracia [...] Alejarse de ellos es mejor que acercarse”.<sup>27</sup>

Podríamos recordar el feliz séquito literario de ‘Abd al-Raḥmān II, en una edad dorada de esplendor, estabilidad y bonanza económica, comandada por un gobernante ilustrado, con los poetas Mu’min b. Sa’id, ‘Abbās b. Firnās, Yaḥyà al-Ghazāl o Ibn al-Shamir revoloteando en torno a su amado –y temido– príncipe, cuyas dádivas se disputan y de cuya prosperidad gozan. Podríamos igualmente mencionar a su ilustre descendiente ‘Abd al-Raḥmān III, con el gran Ibn ‘Abd Rabbih como panegirista oficial del califato y “poeta del país”, como se le llamó en su multitudinario entierro en Córdoba.<sup>28</sup> Sin embargo, incluso en estas épocas de estabilidad, los hombres de letras han de comprometerse y tomar partido. Tal sucedía en el caso de que el soberano tuviera varios hijos pretendientes al trono. Los poetas áulicos, inclinándose hacia uno u otro vástago, podían embarcarse en arriscadas disputas dinásticas.<sup>29</sup> Abū l-Makhshī de Elvira, quizá el primer versificador de renombre que florece en Córdoba, panegirista oficial de ‘Abd al-Raḥmān I, prefería al primogénito Sulaymān frente a Hishām, y esta elección le ocasionó gravísimas consecuencias. En efecto, dedicó estos versos, aparentemente inocuos, en alabanza de Sulaymān:

*Ellos no son como aquel que, cuando se le pide un favor,  
Desvía la vista, con mirada atravesada.*

Dado que el príncipe Hishām era bizco, en venganza por la afrenta mandó sacarle al poeta los ojos y cortarle la lengua. Sabemos que el

---

<sup>27</sup> E. García Gómez, ‘Convencionalismo e insinceridad’, p. 36; H. Pérès, *Esplendor*, p. 82, n. 73.

<sup>28</sup> José Manuel Continente, ‘Notas sobre la poesía amorosa’, p. 356.

<sup>29</sup> Véase también un ejemplo de ello en la rivalidad entre Mu’min b. Sa’id y al-‘Utbī, privados, respectivamente, de los príncipes Maslama y Qāsim, hijos del emir Muḥammad I. Cf. E. Terés, ‘Mu’min ibn Sa’id’, p. 456.

emir ‘Abd al-Raḥmān I reprendió duramente a su hijo por tan despiadada acción, y que mandó recompensar a Abū l-Makhshī; y que, arrepentido con el tiempo de su crueldad, el mismo Hishām lo volvió a recompensar al subir al trono; y que todavía le creció la lengua y pudo volver a balbucir palabras; pero la ceguera lo amargó permanentemente, dando a su poesía un tono acre y desconsolado.<sup>30</sup>

Los ejemplos de estas banderías, intrigas y zozobras afectivas no faltan en la vida de los poetas cordobeses. Yaḥyà al-Ghazāl, uno de los mayores autores de la Córdoba del s. IX, aun siendo enormemente apreciado por ‘Abd al-Raḥmān II, tiene que alejarse de la ciudad por la inquina manifiesta que sostiene con el célebre músico y gentilhombre Ziryāb, ojo derecho del emir y verdadero árbitro de la moda y el refinamiento en la capital omeya.<sup>31</sup> El citado al-Ramādī, *Abu Ceniza*, que ya había sido escarmentado por el califa al-Ḥakam II a cuenta de sus versos maledicentes, es sometido por Almanzor a un castigo peor aún que el destierro: por haberse visto envuelto en un complot contra él, ordenó que bajo castigo de graves penas nadie en Córdoba le dirigiese la palabra, de modo que permaneció como muerto en vida.<sup>32</sup>

En el mejor de los casos, cuando las coyunturas son favorables, los poetas y hombres de letras sobreviven en equilibrio, todos atraídos por Córdoba y su magnificencia; mas cuando estas circunstancias se tornan adversas, su condición los convierte en artistas trashumantes y andariegos. En un período de enormes tribulaciones e inestabilidad política como el reinado del emir ‘Abd Allāh (888-912), cuando el dominio de los omeyas apenas se extiende más allá del territorio urbano de Córdoba y su alfoz, la próspera corte sevillana de Ibrāhīm

---

<sup>30</sup> E. Terés, ‘El poeta Abū-l-Majšī y Ḥassāna la Tamīmiyya’, pp. 241-244.

<sup>31</sup> H. Pérès, *Esplendor*, p. 53.

<sup>32</sup> Existen dos versiones sobre este peculiar ‘destierro’ interno, una de las cuales sostiene que el poeta permaneció en este estado hasta que murió, y la otra que fue perdonado por Almanzor, e incluso llevado por él como poeta pensionado a la expedición contra Barcelona en el año 986. Cf. Ambrosio Huici Miranda, *Lo admirable*, p. 19 y n. 1; Ibn Ḥayyān, *Anales palatinos*, p. 96; H. Pérès, ‘al-Ramadi’.

b. Ḥajjāj sustrae a la capital a literatos como el mismísimo Ibn ‘Abd Rabbih y su enemigo declarado, el quisquilloso y atrabiliario poeta al-Qalfāt, el *Calafate*, quien tras componer una casida en desaire de los omeyas es reprendido por el mismo Ibrāhīm b. Ḥajjāj y mandado de vuelta a Córdoba con las manos vacías.<sup>33</sup> Ya en la época almorávide, es sabido que los poetas vagan de aquí para allá buscando en vano quien los atienda;<sup>34</sup> esta situación, que llevó a Ibn Ṣāra de Santarém (1043-1123) a emigrar a Sevilla e intentar ganarse la vida como encuadernador, copista y panegirista de ocasión –siempre buscando desengañadamente la merced de los poderosos– le hizo exclamar unos elocuentes versos:

*Para un hombre libre residir en una tierra envilecedora es mostrar, por mi vida,  
[una gran impotencia.  
Viaja, y si no encuentras un hombre generoso, ¡pues bien, ve de un hombre vil a  
otro.<sup>35</sup>*

Aunque quizá el más conspicuo ejemplo de esta precaria condición sea el de Ibn Baqī, gran poeta cuyo nacimiento se disputan Córdoba y Toledo. Siempre viajando, desde su juventud, de ciudad en ciudad en ciudad, entre al-Ándalus y el norte de África, sin apenas fabricar fortuna: Toledo, Sevilla, Córdoba, Granada... Ibn Khāqān lo llama “jinete de las montañas, surcador de desiertos, sin parar un solo día quieto en ningún lugar, y sin encontrar jamás gente con la que poder sentirse gratificado”. Aunque Ibn Baqī halló por algún tiempo protección y asiento en Salé, con los Banū ‘Ashara (o Banū Qāsim), una familia de alfaquíes bajo cuyo patronazgo conoció los mejores años de

---

<sup>33</sup> E. Terés, ‘Anecdotario de *al-Qalfāt*’, pp. 227-240; cf. É. Lévi-Provençal, *España Musulmana*, p. 233.

<sup>34</sup> Sobre este particular, véase E. García Gómez, *Un eclipse de la poesía en Sevilla*.

<sup>35</sup> Cf. William MacGuckin de Slane, *Ibn Khallikan’s Biographical Dictionary*, vol. 2, pp. 59 y sigs. H. Pérès, *Esplendor*, p. 77.

su vida, su sino aciago le llevó a caer en desgracia y regresar a buscar acomodo de nuevo en al-Ándalus, donde murió.<sup>36</sup>

Esta permanente disposición a esquivar las tornas de la fortuna mediante el halago, la lisonja y el disimulo, unido a las convenciones de un oficio de naturaleza venal, no podían menos que producir innumerables demostraciones de doblez e hipocresía.<sup>37</sup> Desde el zalamero embeleco hasta la más desvergonzada de las deslealtades, muchos poetas andalusíes parecen haber recorrido todos los grados del fingimiento y la trápala sentimental. Al-Qalfāt, cordobés de lengua vesánica e hiriente, abandona Córdoba para dirigirse a Ibn al-Shāliya, enemigo del emir ‘Abd Allāh, que había creado un principado independiente en los montes de Jaén. La carta escrita en verso con la que se presentó ante él es un ejemplo de encantadora desfachatez:

*Este es Abū ‘Abd Allāh (al-Qalfāt), a quien se someten  
todos los ingenios, rindiéndole pleitesía,  
pues si se atreven a competir con él, en ciencia,  
a todos los vence: en ciencia,  
en poesía, en lenguaje, en redacción.  
Muéstrale el mejor de los semblantes,  
y dale la más afectuosa bienvenida.  
Lo mejor que tú haces  
es otorgar beneficios y favores;  
y, lo mejor de lo mejor,  
cuando lo haces sin demora.<sup>38</sup>*

Lo propio puede decirse de uno de los poetas más serios y solemnes que florecieron en Córdoba: el célebre Ibn Darrāj al-Qastallī, panegirista oficial de Almanzor y cronista poético de sus campañas, que conoció una próspera existencia junto a los amiríes hasta la

---

<sup>36</sup> M. De Slane, *Ibn Khallikān’s Biographical Dictionary*, vol. 4, p. 88; Haran Özkan, ‘Ibn Baqī’.

<sup>37</sup> Sobre este particular, véase E. García Gómez, ‘Convencionalismo e insinceridad’, *passim*.

<sup>38</sup> E. Terés, ‘Anecdotario de *al-Qalfāt*’, p. 234.

desintegración del califato. Sin embargo, la *fitna* marcó el comienzo de una vida incierta y desasosegada hasta su establecimiento en Zaragoza con los tujibíes en 1018. De ahí que no encontrara impedimento alguno en –queremos creer– hacer de tripas corazón y seguir las reglas de su oficio cuando dedicó todas sus energías poéticas a defender la legitimidad de cualquiera que ocupara el trono durante dichas guerras civiles, destacando un panegírico de más de 50 versos al infausto pseudocalifa Sulaymān el Musta‘īn, cuyas tropas saquearon e incendiaron Medina Azahara, y que durante casi tres años sometió Córdoba a un terrible asedio, para finalmente tomarla a saco en 1013, cometiendo todo tipo de tropelías y devastando la ciudad.<sup>39</sup>

Quizá pueda objetarse que, en tiempos turbulentos, las circunstancias obligan, y que el hombre de letras es solo un peón en el tablero de otros intereses más complejos cuando la política y la guerra irrumpen en el escenario cotidiano. Sin embargo, la misma doblez oportunista y desalmada había mostrado siglo y medio antes Mu‘min b. Sa‘īd, el poeta satírico más temido de su tiempo, asentado en la corte del emir Muḥammad I. Si bien es cierto que el reinado de este príncipe fue más agitado turbulento que el de su padre ‘Abd al-Raḥmān II, no lo fue tanto como para alcanzar de lleno a los poetas.<sup>40</sup> Aún así, cuando Ibn Marwān al-Jillīqī capturó a su protector y mecenas Hāshim b. ‘Abd al-‘Azīz, primer ministro y privado del emir Muḥammad, y lo envió cautivo a la corte de Oviedo, donde permaneció como rehén durante dos años, Mu‘min no vaciló en cambiar de bando y dedicar un panegírico al archienemigo de su protector, Abū Ḥafṣ, en el que se alegraba de que Hāshim hubiera sido capturado y

---

<sup>39</sup> Mahmud Ali Makki, ‘Ibn Darrādī al-Ḳaṣṭallī’; H. Pérès, *Esplendor*, p. 98; cf. É. Lévi-Provençal, *España Musulmana*, vol. IV, pp. 472 y sigs.

<sup>40</sup> “Con las medidas tomadas por el emir Muḥammad para restringir los gastos generales de la corte cordobesa, se moderó en cierta medida el fausto que esta había conocido bajo ‘Abd al-Raḥmān II, pero, a pesar de todo, los literatos y hombres de ciencia seguían teniendo entrada a palacio, y en las solemnidades oficiales seguía escuchándose la declamación de versos” (E. Terés, ‘Mu‘min ibn Sa‘īd’, p. 456).

de que Abū Ḥafṣ ocupara ahora su lugar. Una doblez semejante terminaría acarreándole un destino aciago, pues cuando Hāshim fue liberado de su cautiverio y recobró sus funciones, metió al poeta en la cárcel, donde murió de desesperación.<sup>41</sup>

No todos los autores cordobeses, ni mucho menos, fueron profetas en su tierra. Los hubo que tuvieron que emigrar, buscando fortuna en lejanas latitudes, tan solo aferrados a su única riqueza, la poesía y las letras. De todos estos casos, es especialmente conmovedor el de Ibn Kharūf (m. h. 1213), poeta criado y educado en Córdoba, quien hubo de expatriarse aún joven, viajando de Ceuta a Marrakech (ciudad en la que conoció a otro emigrado ilustre, el místico Ibn ‘Arabī), y de allí a El Cairo y Alepo, donde entró al servicio de al-Zhāhir, hijo de Saladino. Ibn Sa‘īd relata su desgraciado fin:

Cierta noche de ramadán reunió al-Zhāhir a los poetas de su corte a fin de que leyeran sus composiciones poéticas; mas antes de recitar sus casidas le tocó el turno a un predicador de fama llamado Tāj al-‘Ulā al-Sharīf, quien se alargó excesivamente en su plática. Ibn Kharūf, acuciado por un fuerte deseo de orinar, salió de la reunión con gran urgencia, y fue a caer —era una noche muy oscura— a un silo que había por allí, muriendo en el acto. Cuando le sacaron, llevaba la casida que iba a recitar fuertemente asida en la mano. Al-Zhāhir, sin duda impresionado, ordenó que colocaran en su tumba la casida y el regalo que por ella le correspondía.<sup>42</sup>

Quizá no exista una imagen más poderosa y desoladora que resuma el sino de los literatos de la época, agarrados siempre a su poesía, esperando un golpe de suerte o temiendo el sobresalto de la desgracia. Aventureros y fiadores de la palabra, teniendo solo “el verso por fortuna”, a esa improbable riqueza se atenían: con ella viajaban, prosperaban, se enamoraban, caían en desgracia y morían. Otra hermosa

---

<sup>41</sup> E. Terés, ‘Mu’min ibn Sa‘īd’, p. 461.

<sup>42</sup> J.M. Continente, ‘Datos biobibliográficos’, p. 459; Cf. E. García Gómez, *El Libro de las Banderas*, p. 194.

anécdota, en fin, de Ibn ‘Abdūn de Évora, poeta y secretario de Yūsuf b. Tashfīn, ilustra y resume a la perfección esta encrucijada en la que muchos escritores y poetas andalusíes se vieron inmersos: a la edad de trece años, mientras discutía con su maestro de gramática, este le reprendió su desmedida afición a la poesía: “La poesía –dijo– es una carrera humillante”; a lo que Ibn ‘Abdūn respondió: “Para el que busca algún beneficio”.<sup>43</sup>

Por supuesto que Córdoba conoció muchas y honrosas excepciones a este panorama tan venal y forzado del quehacer literario, muchas de ellas conocidas por todos: Ibn Ḥazm, Ibn Shuhayd, Marwān al-Ṭalīq, el “príncipe amnistiado”, Ibn Zaydūn. Nombres todos que engrandecen la gloria de la capital andalusí y eternizan su recuerdo. Sin embargo, para escapar a esa turbida atracción, tan viciada por las relaciones del poder y del dinero, se hacía necesario en general tener fortuna, pertenecer a la nobleza, gozar de unas refinadas cualidades diplomáticas y sociales... o todas las cosas a la vez. En este orden de cosas, reconforta especialmente la honrosa y limpia respuesta que otro cordobés ilustre, ‘Abd al-Malik Ibn Sirāj (1009-1096), sabio lingüista, lexicógrafo y poeta a sus horas, dedicó a ‘Abd al-Malik b. Jawhar, uno de los gobernadores de la taifa de Córdoba, el cual le había reprochado no devolverle una visita que le había hecho, a lo que Ibn Sirāj le respondió que “Si no le devolvía la visita era porque la gente, al verle entrar al palacio, podría pensar que lo hacía con el propósito de pedirle dinero a un alto dignatario, mientras que a la inversa sólo dirían que un príncipe visitó a un sabio para llenarse de ciencia y de sabiduría”.<sup>44</sup>

---

<sup>43</sup> H. Pérès, *Esplendor*, p. 73.

<sup>44</sup> R. Pinilla Melguizo, ‘Poetas Cordobeses’, pp. 119-120. Cf. E. García Gómez, *El Libro de las Banderas*, p. 186.

*Nota final: la importancia del legado literario de la Córdoba andalusí*

La grandeza y esplendor de Córdoba como capital de al-Ándalus durante más de cinco siglos es conocida por todos. Sus maravillas arquitectónicas, como la Mezquita o Medina Azahara, atestiguan aún hoy su altísimo nivel de civilización y pujanza. Como sede del califato fue asimismo renombrada por su cultura, sus letras y su ciencia. Poseedora de la más importante y extensa biblioteca del occidente islámico, y gobernada durante diversas épocas por dignatarios ilustrados y poderosos, se constituyó en un centro de irresistible atracción para los hombres de letras, muchos de los cuales son considerados hoy día cumbres del pensamiento y la literatura universal: Ibn ‘Abd Rabbih, Averroes, Maimónides, Ibn Ḥazm, Ibn Shuhayd, Ibn Zaydūn, Ibn Quzmān: todos ellos son nombres que por sí solos bastarían para dar a Córdoba una fama imperecedera. Además de ello, sin embargo, la capital omeya fue durante siglos un verdadero enjambre de otros muchos autores hoy poco recordados, una fábrica incesante de industrias literarias. Por Córdoba pasaron centenares de escritores; un verdadero río de intelectuales y poetas, no tan conocidos para el gran público, cuyas accidentadas vidas reflejan la vorágine intelectual que Córdoba creó y albergó, y que constituye una muestra más de su grandeza y esplendor. Recordar a sus ‘otros’ autores no es solo hacer historia literaria: es confirmar también la importancia y trascendencia que en todos los ámbitos de la vida tuvo Córdoba como una de las grandes ciudades del medievo, y como un particular ejemplo civilizador en la cultura y en la historia.

*Bibliografía*

- Arjona Castro, Antonio, *Anales de Córdoba Musulmana, 711-1008* (Córdoba: Publicaciones del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, 1982).
- Bencheikh, Jamel-Eddine, *Poétique Arabe* (París: Gallimard, 1989).

- Continente, José Manuel, 'Datos biobibliográficos sobre algunos poetas cordobeses emigrados de al-Ándalus durante la dominación almohade', *Al-Andalus* 39 (1974), pp. 455-64.
- 'Notas sobre la poesía amorosa de Ibn 'Abd Rabbih', *Al-Ándalus* 35 (1970), pp. 355-380.
- De Slane, William MacGuckin *Ibn Khallikan's Biographical Dictionary* (París: *Oriental Translation Fund.* of Great Britain and Ireland, 1843).
- EI<sup>2</sup> = *The Encyclopaedia of Islam: Second Edition*, Leiden: Brill, 1960-2001.
- García Gómez, Emilio, 'Algunas precisiones sobre la ruina de la Córdoba omeya', *Al-Ándalus* 12 (1947), pp. 267-293.
- 'Convencionalismo e insinceridad en la poesía árabe', *Al-Andalus* 5 (1940), pp. 31-44.
- *El Libro de las Banderas de los Campeones de Ibn Sa'id al-Magribi* (Barcelona: Seix Barral, 1978).
- *Un eclipse de la poesía en Sevilla: la época almorávide* (Madrid: Real Academia Española, 1945).
- Huici Miranda, Ambrosio, *Lo admirable del resumen de las noticias del Magrib, por al-Marrākushī*. Colección de Crónicas Árabes de La Reconquista, vol. 4 (Tetuán: Editora Marroquí, 1955).
- Ibn 'Abd Rabbih, *The Unique Necklace (al-'Iqd al-farid)*, trad. Issa J. Boullata (Reading: Garnet Pub: Centre for Muslim Contribution to Civilization, 2006).
- Ibn Ḥayyān, *Anales palatinos del Califa de Córdoba al-Ḥakam II, por 'Isā Ibn Aḥmad al-Rāzī (360-364 H.=971-975 J.C.)*, (Madrid: Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1967).
- *Crónica de los emires Alḥakam I y 'Abdarrāḥmān II entre los años 796 y 847 (Almuqtabis II-1)*, trad. Maḥmūd 'Alī Makkī y Federico Corriente (Zaragoza: Instituto de Estudios Islámicos y del Oriente Próximo, 2001).
- Ibn Ḥazm, *El Collar de la Paloma y la Sombra de la Nube*, trad. Jaime Sánchez Ratia (Madrid: Hiperion, 2009).
- *El Collar de La Paloma. Tratado sobre el amor y los amantes*, trad. Emilio García Gómez (Madrid: Alianza Editorial, 1971).

- Ibn Qutayba, *Introduction au Livre de la Poésie et des Poètes*, trad. Maurice Gaudefroy-Demombynes (París: Les Belles Lettres, 1947).
- Ibn Sa'd, *al-Ṭabaqāt al-Kubrā*, ed. 'Alī Muḥammad 'Umar (El Cairo: Maktabat al-Khānjī, 2001).
- Lévi-Provençal, Évariste, *España Musulmana. 711-1031*, en Ramón Menéndez Pidal, *Historia de España*, vol. IV (Madrid: Espasa-Calpe, 1957).
- *España Musulmana. 711-1031. Instituciones y Arte*, en R. Menéndez Pidal, *Historia de España*, vol. V (Madrid: Espasa-Calpe, 1957).
- Al-Maqqarī, *The History of the Mohammedan Dynasties in Spain*, trad. Pascual de Gayangos, vol. I (Londres: *Oriental Translation Fund*. Royal Asiatic Society of Great Britain and Ireland, 1840).
- Pérès, Henri, *Esplendor de Al-Ándalus: la poesía andaluza en árabe clásico en el siglo XI: sus aspectos generales, sus principales temas y su valor documental* (Madrid: Hiperión, 1983).
- Pinilla Melguizo, Rafael, 'Poetas Cordobeses en la *Buḡyat al-wu'āt* de al-Suyūṭī (1445-1505): Selección Poética', *Andalucía Islámica* 2 (1981), pp. 111-124.
- Al-Shaqundī, *Elogio del islam español (Risāla fī faḍl al-Andalus)*, en Emilio García Gómez, *Andalucía contra Berbería. Reedición de traducciones de Ben Ḥayyan, Shaqundī y Ben al-Jaṭīb* (Barcelona: Universidad de Barcelona, 1976).
- Terés, Elías, 'Abū Marwān al-Ŷazīrī, poeta 'āmīrī', *Al-Andalus* 34 (1969), pp.123-141.
- 'Anecdotario de *al-Qalfāt*, poeta cordobés', *Al-Andalus* 35 (1970), pp. 227-240.
- 'El poeta Abū-l-Majšī y Ḥassāna la Tamīmīyya', *Al-Andalus* 26 (1961), pp. 241-244.
- 'Tbn al-Šamīr, poeta-astrólogo en la corte de 'Abd al- Raḥmān II', *Al-Andalus* 24 (1959), págs. 449-463.
- 'Mu'mīn ibn Sa'īd', *Al-Andalus* 25 (1960), pp. 455-467.
- Veglison, Josefina, *El Collar Único, de Ibn Abd Rabbīhī* (Madrid: Síntesis, 2012).
- Viguera, María Jesús, 'Cuando Córdoba pasó a ser capital de al-Ándalus', *Al-Mulk* 15 (2017), pp. 13-43.

“Córdoba es la sede de al-Andalus, su polo y su región más importante, su metrópoli y morada, residencia de los califas y capital real tanto con los cristianos como con los musulmanes, ciudad de la ciencia y asilo de la *sunna* y de la comunidad islámica (...) Se alza a orillas del Guadalquivir y se encuentra en el centro del país, entre el Levante y el Poniente. Es una ciudad grande, fundada en tiempos remotos por los antiguos, de buen agua y agradable clima: la rodean por todos lados huertos, olivares, aldeas, castillos, aguas y fuentes. En su jurisdicción se halla un gran campo de labor, sin comparación en todo al-Andalus por su fertilidad (...) Córdoba es la sede real de los omeyas y antes lo fue de Rodrigo el cristiano (*rūmī*); es ciudad agrícola y ganadera, productora de innumerables especies frutales; el interior de la ciudad es agradable, su entorno maravilloso y vasto, su aspecto, hermoso y radiante y su forma, extraordinaria y admirable (...)”

*Dhikr bilād al-Andalus* II 4-6,10 (trad. Luis Molina)

